

esta manera la conciencia pública se indignaba con aquel frío análisis que, á la manera antigua, sacrificaba el individuo, á la prosperidad del Estado, identificado en el príncipe. Aunque confesando que Maquiavelo y Guicciardini contribuyeron mucho á desarrollar la nueva ciencia política, los consideramos como un escándalo en la literatura cristiana, y los relegamos al mundo pagano.

Guerra.—Mientras que las demás ciencias adoptaban á los antiguos por guías, Maquiavelo quiso que lo mismo sucediese en la guerra.

Hemos notado ya las mejoras que introdujeron en la táctica las bandas mercenarias. El feudalismo era el predominio del individuo sobre la multitud. Los concejos y la plebe que le sucedieron experimentaron la necesidad de obrar en sentido contrario, oponiendo la multitud á la fuerza individual. De este modo se formaron las nuevas milicias comunales de que hemos hablado; de este modo aquella infantería suiza cerrada en batallones cuadrados de tres ó cuatro mil hombres, con picas de seis metros, espadas largas de dos filos, unas cuantas armas defensivas y de fuego, rechazaba la caballería enemiga y causaba una poderosa impresion en el ejército contrario. Pero obligados á combatir por destacamentos, perdían el valor; servían de poco en las defensas que duraban algún tiempo, en sitios y ataques; y cuando llegaban á desordenarse sus filas, con dificultad volvían á rehacerse.

de la revolución, cuando aun no estaba impresa) parece que aconsejaba robar á los ricos sus bienes, á los pobres el honor, y á unos y otros la libertad. Ahora bien, sucedió cuando su muerte lo que tal vez no sucederá en lo futuro, y fué que tanto los buenos como los malos se alegraron de ella: las personas honradas por que lo juzgaban malo, y los malos, porque no solo le creían mas perverso que ellos, sino tambien mas hábil.» VARCHI, *Storia*, lib. III, página 210.

Juan Bautista Busini dice: «La generalidad le aborrecía á causa de su *Príncipe*; parecía á los ricos que aquel libro era un documento que enseñaba al duque Lorenzo de Médicis á arrebatarles la hacienda, concibiendo igual temor los pobres respecto de su libertad. Los Piagnoni creían que era hereje, los buenos deshonesto, los malos peor ó más hábil que ellos: de suerte que todos le odiaban. Fué deshonestísimo en la vejez; y sobre todo esclavo de la gula; por lo cual usaba ciertas píldoras, cuya receta le había proporcionado Zanobi Bracci, con quien comía á menudo. Se puso enfermo, ya de dolor, ya por el exceso ordinario; el dolor era causado por la ambición, al ver que le sustituiría Giannotto, muy inferior á él... Empezó entonces á tomar de aquellas píldoras, y á debilitarse y agravarse; en consecuencia, refirió á Felipe, á Francisco del Nero y á Jacobo Nardi, aquel sueño tan famoso, y murió contento, como burlando. Dice M. Pedro Carnesecci (el cual le acompañó desde Roma, con una hermana suya) que le oyó suspirar con frecuencia, llegando á entender que Florencia gozaba de libertad. Creo que le atormentaba su conducta; pues amaba en efecto la libertad de un modo extraordinario; pero sentía haberse indispuesto con el papa Clemente.» *Carta XI*.

Los españoles, en una lucha de siete siglos contra los moros, habían adquirido aquel valor que nunca se aprende mejor que en la guerra de bandas. Cuando destruida la dominación extranjera, salieron á conquistar ó molestar la Europa, se les consideraba la mejor infantería después de la suiza, á la que aventajaron con el progreso del tiempo. Extremadamente sobrios, no había padecimientos ni fatiga capaces de abatirlos. Como armas ofensivas usaban la alabarda ó partesana, la espada, el puñal ó la daga; en Italia aprendieron de los suizos á formar batallones cerrados, y adoptaron la pica. Una vez desordenados, volvían á la carga individualmente y cubiertos de *broquel* ó de cota de malla, cada cual se arrojaba en medio de las picas, dando de puñaladas al enemigo. Hallándose lejos de su patria, rara vez desertaban, ni podían tampoco marcharse después de concluida la campaña; de suerte que su pericia y disciplina iban en aumento.

Los franceses pensaron en perfeccionar el orden de batalla durante la guerra con los ingleses. El vencedor de Bovines fijó á los guerreros un sueldo, empezándose desde entonces á tener un servicio regular. Los arqueros-francos y los ballesteros que Carlos VII alistó, fueron la primera caballería ligera que hubo en Francia (29). Instituyó tambien arqueros francos de á pié, especie de guardia nacional, debiendo cada municipio suministrar cierto número de hombres que durante la paz permanecían en sus casas, ejercitándose de tiempo en tiempo. Dispuso la caballería en quince compañías de *ordenanza*, cada una de cien lanzas, esto es, seiscientos hombres, no contando entre los nueve mil á los aspirantes que se les unían con la esperanza de formar un día parte de ella; y en cada compañía había un capitán, un teniente, un guía y un alférez. Así, no eran ya ginetes que peleaban aisladamente y á su capricho, sino ordenados en cuerpos y divididos en trozos de veinte ó treinta gendarmes en las ciudades fronterizas y del interior, visitados á menudo por inspectores. El jefe de brigada era responsable de los desórdenes que se suscitaban entre las personas de su mando. El rey pagaba los sueldos, sacándolos de una contribución llamada *de los gendarmes* impuesta á las ciudades. Esto sirvió para disminuir los males de la sociedad, cuya verdadera peste eran los soldados; y fué la muerte de la antigua caballería, pues

(29) *Ordonnons qu'en chaque paroisse de notre royaume il y aura un archier qui sera et se tiendra continuellement en habillement suffisant et convenable de salade, dague, épée, arc, trouste, jacque, ou hagne de brigandine, et seront appelés les francs archiers, lesquels seront escluz et choisi par nos élus dans chaque élection, sans avoir égard ne faveur à la richesse et aux requêtes que l'on pourroit sur ce faire. Et seront tenus de nous servir toutes les fois qu'ils seront par nous mandez, et leur ferons payer quatre francs par homme pour chacun, mais du temps qu'ils nous serviront.* ORDONNANCE DE MONTILS LEZ-TOURS.

el título de caballero no daba ya derecho á mando ni prerogativa.

Las demás potencias imitaron los estatutos de Francia, pero sólo los borgoñones pudieron rivalizar con los franceses. Los satélites ó soldados de infantería ligera continuaban, como en tiempo de las bandas, el sistema de escaramuzas y persecuciones, colocándose detrás ó al costado de los hombres de armas; y cuando éstos, en fila ó con la lanza en ristre habían roto la línea enemiga, los arqueros se adelantaban, y muchos de ellos rodeaban á un soldado enemigo para cogerle y matarle.

La caballería ligera empezó á adquirir importancia, como cuerpo distinto, sólo cuando Luis XII tomó á sueldo á los estradiotas (30), ginetes griegos que llevaban la cabeza cubierta con un morrion sin cresta ni visera, y usaban cota de malla, espada, maza y largo baston ferrado por ambos extremos. A veces combatían tambien á pié, y los empleaban comunmente los gobiernos de Venecia y Nápoles, reclutándolos entre los albaneses que se refugiaban en ambos países. Commines dice que molestaron mucho á los franceses al principio de la batalla de Fornovo (31). Luis XII, al marchar contra Génova, tomó á sueldo dos mil, con los cuales formó algunas compañías permanentes de caballería ligera que se unieron á las antiguas de ordenanza. La caballería adoptó en breve las pistolas en lugar de la lanza, para no hacer daño á los caballos; lo cual era el principal cuidado de los soldados, llegando hasta perjudicar á veces el éxito de la lucha, mientras no se declaró al caballo propiedad pública.

Maquiavelo, deplorando el desorden en que la milicia italiana había caído por culpa de los capitanes aventureros (*condottieri*), trató de probar en el *Arte de la guerra* la necesidad de ejércitos nacionales y de disciplina. Como se hacía en su siglo con las demás doctrinas, adhirió la suya á los recuerdos de los latinos y los griegos; y aunque ajeno á las armas, se empeñó en amoldar al arte antiguo los métodos modernos. Tuvo demasiada proporción en su patria de observar á los extranjeros de todas clases que acudían á disputarse los pedazos de aquel hermoso país que algunos no debían volver á dejar: un rey caballeresco y un rey positivo ponían en contacto la generosidad envejecida y

(30) Στρατιότης guerreros.

(31) Los estradiotas son soldados de á pié y de á caballo, que se visten como los turcos, menos la cabeza, pues no usan turbante, y duermen al aire libre todo el año ellos y sus monturas. Eran todos griegos, procedentes de las plazas nuestras que poseen los venecianos, algunos de Nápoles de Romania en Morea, otros de Albania hacia Durazzo; sus caballos eran excelentes y todos de Turquía. Los venecianos se sirven de estas tropas, y se fían de ellas: son hombres valientes, y molestan mucho un campamento cuando se proponen atacarlo.»

la nueva táctica; y las armas de fuego introducían cambios que apenas podían preverse.

Aquel Fabio Colonna, á quien Carlos Quinto miraba como maestro en las artes de los sitios, y que expuso sus ideas en un tratado que dedicó á Felipe II, es el principal interlocutor que coloca Maquiavelo en sus diálogos. Muéstrase sobre todo en ellos cansado de los soldados aventureros, verdaderos bandidos pagados hoy para combatir lo que mañana defenderán; feroces cuando no había ningún peligro, valientes sólo por la esperanza del botín, y que hacían consistir el valor en llevar nombres pomposos, como *Fracassa*, *Tagliacozzi*, *Fieramosca*, *Senzamisericordia*.

Los soldados de infantería italiana usaban entonces una lanza de 3 metros, y la espada más bien redonda que en punta; no llevaban defendida la cabeza: algunos, después de resguardar la espalda y los codos, emplearon en vez de lanza, una alabarda de un metro y medio con el hierro en forma de segur. Maquiavelo propuso combinar los dos sistemas, el macedonio y el romano, armando las primeras filas con picas para rechazar la caballería y las demás con espadas para la defensa; prefería la infantería á la caballería, los campamentos atrincherados á las fortalezas, los ataques rápidos y decisivos á las operaciones prolongadas. A las costumbres de los capitanes (*condottieri*) para quien llevaba cada soldado cuatro caballos, opuso el ejemplo de los alemanes que tenían uno solo, y otro cada veintena para el bagaje. Con el genio político que es su principal carácter, empieza á discutir acerca de las correspondencias entre la vida militar y la civil, entre la política y la táctica, y aspira sobre todo á armar y disponer los combatientes. Los griegos y los romanos le muestran la importancia de las masas; indica el uso de los tambores, las banderas, los penachos, los colores y otros distintivos á propósito para conservar el orden; la necesidad de ejercitar las tropas, la regularidad de las marchas, de modo que le falta poco para llegar al paso á compás. Desaprueba la división en vanguardia, centro y retaguardia, bastando que una partida de caballería preceda y otra siga á las tropas, que deberán marchar en columnas paralelas; idea no tomada de los antiguos y que formó después una de las glorias de Federico de Prusia. Establece una gerarquía de grados, proporcionada á las facultades del hombre y de las masas, y al orden profundo propuesto por él. Quiere que el ciudadano se ejercite continuamente en el manejo de las armas, pero que no sea soldado sino en el momento del peligro.

Tal era su idea de la ordenanza «no semejante á la del rey de Francia, porque ésta es peligrosa é impertinente, sino á la de los antiguos que formaban la caballería de entre sus súbditos; y en tiempo de paz los enviaban á sus casas á vivir de sus respectivas industrias.» Para conseguir esto, sujeta al alistamiento (*deletto*) á todos los hombres de diez y siete á cuarenta años, y luego á los de diez y

siete por sí solos (edad precoz, sin duda); de manera que, en caso necesario, todos puedan tomar las armas, si bien éstas no constituyan la profesión especial de ninguno. El que se arme, no ha de ser obligado á ello, sino sentir que es un deber santo, sin acudir por eso á las filas con un ardor imprudente. Se tendrán cuerpos distintos para formar las escoltas, los pequeños destacamentos; las guardias de honor, con objeto de que estos servicios no debiliten los batallones. Durante la paz, el soldado se ejercitará, usando armas, vestido y calzado de más peso que cuando marche á la guerra.

La proposición de Maquiavelo relativa á reclutar la infantería en los campos y la caballería en las ciudades, es una reminiscencia de Atenas; cosa exigida allí por la constitución, pero que nada significa entre los modernos. Confiesa que la caballería antigua, sin estribos en que apoyarse, para herir, era inferior á la moderna. Comprende que las armas nuevas quitaban el predominio á la fuerza personal; pero cuando las aplica, siempre las subordina á las antiguas; no mira el fusil y el mosquete sino como equivalentes del arco y de la honda de los vélites; y la poca pericia que se tenía aun le disculpa de que, lo mismo que sus contemporáneos, no conociese la importancia ni las consecuencias de aquellos. Pues siendo así que las armas de fuego hubieran debido hacer que se alargase sin demora al frente, oponían á esto la costumbre; y siguió como cosa habitual en la infantería el orden profundo, apoyado por el ejemplo de los antiguos. También detuvieron á Maquiavelo en la admiración que profesaba á los romanos, el uso corriente y el ejemplo de los suizos, aunque la batalla de Marignan hubiese convencido de que el orden profundo no sirve contra la artillería; y apreciando mal la índole de las armas de fuego, que llevan la ofensa á una grande extensión, quiere que los ejércitos no pasen de veinte y cuatro á treinta mil hombres, como los romanos. Sin embargo, al tratar de las fortalezas, prevé los efectos de las minas, y se opone á que en una ciudad fortificada haya ningun castillo ó reducto, para evitar que la guarnición defienda menos resueltamente el todo, confiando en el asilo que aun le resta.

Algarotti esgrime su pluma contra los que no creen á Maquiavelo gran maestro en el arte de la guerra; pero la verdad es que sólo dió de nuevo la extraña idea de construir el foso detrás de las murallas; algunas de las armas que propone no convienen de ningun modo; la opinión acerca de la superioridad de la infantería era en su época bastante comun (32), y algunas, y aun muchas máxi-

(32) Daniel de Ludovisi, en su *Relacion del imperio otomano* al senado de Venecia, el 3 de junio de 1534, dice: «En todos tiempos las armas han sido mejor empleadas y con mas utilidad por la gente de á pié, que por la de á caballo; cosa conocida en diferentes épocas y lugares, especialmente entre los romanos. Si en los tiempos más

mas buenas que contiene no bastan para colocarle en el número de los maestros de estrategia. Como filósofo político merece alabanza, porque aspiró á formar ejércitos nacionales, y porque en vez de métodos puramente militares, trató de oponer al triste espectáculo de las tropas mercenarias la fuerza moral de los italianos, á fin de mostrar que no se había estinguido entre ellos el antiguo valor.

Arquitectura militar.—Es más propio de los italianos el mérito de haber innovado la arquitectura militar. Clemente VIII confió á Miguel Sanmicheli de Verona y Antonio Sangallo el Viejo las fortificaciones, principalmente de Parma y Plasencia; y habiéndoles salido segun deseaban, Sanmicheli se enamoró de aquel género y acomodó su sistema al nuevo modo de hacer la guerra. Hasta entonces una muralla fuerte, un anecho foso y algunas torres cuadradas ó redondas que protegían la interpuesta cortina á la distancia de dos tiros de arco, bastaban para proteger una ciudad. Introducidas las armas de fuego, se construyeron torres angulosas mezcladas con las redondas, que precedieron á los baluartes propiamente dichos (33), y que al inventarse éstos, fué preciso demoler, porque adelantándose más allá de la cortina, impedían la defensa. Sanmicheli hizo los bastiones en forma de triángulo saliente más ó menos obtuso, apoyado en dos flancos que protegen las cortinas; con cámaras bajas en los flancos, que redoblan el fuego de las defensas y protegen la cortina y el foso. Mientras que en el método antiguo el frente quedaba descubierta, en el nuevo todas las partes estaban defendidas por los flancos de los baluartes.

A las defensas construidas con aplomo se sustituyeron las flanqueadas, á las murallas perpendiculares las de escarpa; ninguna parte de la fortaleza permanecía sin ser defendida por otra; la artillería, hiriendo las murallas en ángulo oblicuo, no causaba tanto daño como cuando hería en ángulo recto; y si llegaba á arruinar el revestimiento exterior, el terreno se sostenía por sí mismo. Siguiendo tal

cercanos á los nuestros ha gozado en Italia de reputación la caballería, la causa ha sido la mala disposición y voluntad de los capitanes aventureros, que deprimiendo á los soldados de á pié, ó impidiendo que los príncipes tuviesen gente buena, procuraban rodear de gloria á sus ginetes, para hacerse dueños de Italia: lo cual consiguieron con ruina y desolación, y en gran parte con servidumbre de ésta.»

(33) Promis demuestra en los *Comentarios á Martini*, II, p. 300, que los baluartes de Sammicheli no fueron los primeros que se usaron. Los había al rededor de Florencia en 1526; de Urbino, después de 1521, de Bari, antes de 1524. En el sitio de Rodas, año de 1522, los baluartes estaban construidos ya al estilo moderno, por el vicentino Basilio de la Scala, ingeniero de Maximiliano I y de Carlos Quinto. En 1519 Carlos III de Saboya añadió baluartes de esta clase al castillo que había en el monte de Niza. En 1518 Alberto Pio fortificaba del mismo modo á Carpi, e iguales fueron las fortificaciones de Pádua, Treviso, Ferrara, etc.

método construyó Sanmicheli en Verona el baluarte de la Magdalena y otros (1517), demolidos después, á consecuencia de la paz de Luneville y los de Legnano, Orzinovi, Castello; y luego en Sebenico, Chipre, Candia, Nápoles de Romania, buenas barreras contra los otomanos. La fortaleza de San Andrés de Lido en Venecia, tan difícil á causa del terreno húmedo y azotado por el mar, se probó disparando desde sus murallas toda la artillería de grueso calibre á un tiempo. Sanmicheli asociaba la hermosura á la fuerza, adornando las entradas de la manera que Vauban sugirió en época posterior. La puerta Nueva y la puerta del Palio de San Zenon en Verona, muestran cuanto vale la concurrencia de muchos conocimientos.

Varios autores italianos escribieron sobre arquitectura militar mucho tiempo antes de que se publicase el tratado del francés Errard Bardeluc en 1604. El tratado de Roberto Valturio ilustró estas construcciones, como el de Alberti las civiles; y tiene bastante importancia histórica para demostrar la transición de las armas de tiro antiguas á las modernas, indicando también el tiempo de su invención. Hablaron de arquitectura militar por incidencia Pedro Cattaneo de Siena, Daniel Bárbaro, Antonio Filarete, Antonio Cornazano, Francisco Patricio, Leonardo de Vinci, Vannoció Birinucci, Galileo; y de propósito Francisco Jorge Martini, natural de Siena. Galéazzo Alghisi de Carpi inventó un sistema que consiste en aplicar la cortina de tenaza á cualquier polígono, y quiso probar la utilidad de las cortinas en la parte de atrás, reflejadas en un ángulo mejor cuanto más agudo; pero la experiencia no le favoreció.

Nicolás Tartaglia adivinó los tiros de rebote, que se creen inventados siglo y medio más tarde; fué el primero que disputó sobre los grados de inclinación de las piezas, sobre los efectos de los proyectiles, sobre las distancias de los tiros comparados con la inclinación y la carga; y propuso muchas mejoras acerca de las reformas de los baluartes y alturas. Juan Bautista Beltrucci de San Marino que sirvió á Medeghino en el ataque de Siena, como también á Francisco I y á otros, perfeccionó las fortificaciones, cuando tanto se confiaba en las fortalezas, y Juan Bautista Zanchi demostró que la sola ventaja que ofrecen en caso de ataque es la de dar tiempo á los sitiados para proveerse de lo necesario. La obra de La Treille (34), que los franceses mencionan como la primera publicada en su idioma acerca de esta materia, es meramente una traducción de la de Zanchi.

Jacobo Lentieri, natural de Brescia, escribió diálogos sobre lo mismo y sobre el modo de levan-

(34) *La manière de fortifier villes, châteaux, et faire autres lieux forts: mis en français par le seigneur de Berroit François de la Treille*, Lyon 1586. Véase el tratado de la Guerra de Cantú, párrafo 51, *Ingenieros militares en Italia*.

tar las áreas de las fortalezas, y dió antes que nadie aspecto matemático á la ciencia de las fortificaciones. Carlos Theti enseñó á construir varios contrafuertes, recintos dobles, contraguarniciones continuas, baluartes separados. Gerónimo Maggi y Jacobo Castriotto imprimieron á un tiempo (Venecia 1564) su obra *De la fortificación de las ciudades*; el primero defendió á Fámagusta, donde fué hecho prisionero por los turcos, que le degollaron después de un duro cautiverio. Debe agradecerse á estos ingenieros el haber opuesto una barrera á los nuevos bárbaros que amenazaban la civilización europea, y contra quienes los reyes, amigos de disputas, dejaban pelear sola á Venecia. Más ilustre en la práctica y en las teorías fué el boloñés Francisco Marchi, autor de los tres métodos atribuidos á Vauban (35).

El arte de los sitios debió cambiarse enteramente, desde que se tuvieron armas de tanto alcance y de tan terrible choque; ya no se cuidó nadie de las alturas sino en cuanto no estaban dominadas por otras; además, había que temer siempre las minas, capaces de hacer volar por los aires el castillo mejor fortificado. Sumergiendo las murallas en el foso, se consiguió poder dominar con artillería el glacis que va declinando hácia el campo, y que á favor de su pendiente cubre la cortina; de modo que el enemigo, si la quiere batir, tiene que cortar dicho glacis y la contraescarpa, lo cual ofrece bastante dificultad, y establecer á orillas del foso sus baterías de brecha, no sin gran peligro. Tales mejoras se iban introduciendo poco á poco, y muchas por los italianos, que fueron casi los únicos á quienes se empleó al principio como ingenieros militares en toda Europa. Varias también se deben á Mauricio de Nassau y á otros campeones de la larga guerra de Flandes. Habiéndose convertido el arte de las fortificaciones en ciencia, á que sirven de base la geometría y la mecánica, abundaron escritores en esta materia, y los franceses celebran á Bardeluc como el primero que le dió sólidos principios, perfeccionándola después el caballero De Ville, y enseguida el conde de Pagan.

Cesó entonces de fiarse solamente en el valor personal; el arte lo dispuso todo. En consecuencia, los ejércitos se aumentaron; pues si bastaban escasas guarniciones cuando los castillos no estaban cercados más que por una muralla y un foso, con torres y obras laterales poco salientes y ningunas obras exteriores, se necesitó más gente para el ataque y la defensa desde que las fortalezas modernas ocuparon un trecho vastísimo, con obras separadas. Los villanos no se atrevían ya á exponerse al fuego para trabajar en las trincheras, y así este oficio se concedió á los soldados, que cobraban un tanto por cada codo de trinchera.

(35) Véase á ERM. PINI, *Dialogo sull'architettura militare*, 1770; MAFFEI, *Verona ilustr.* P. III, cap. 5.

Permitaseme en este lugar la reflexion de que se obra con injusticia cuando se censura á los italianos de haber depuesto las armas, y empleado tropas mercenarias. No habia otro medio entonces de formar ejércitos en toda Europa; sin embargo, no sólo estaban sobre las armas los Estados feudales de Italia, como el Piamonte, el territorio de Roma y el reino de Nápoles, sino tambien las repúblicas mercantiles, que mostraron un valor heroico, ya en las interminables guerras de Levante, ya en la desastrosa de Pisa con Florencia, ó en la de ésta y de Siena contra sus tiranos. La fuerza de carácter se mostró en tantas conjuraciones, ya con un fin noble, ya obra de la locura, contra los Médicis y los Esforcias; y aparecieron dignos de mejor causa ó de mejor suerte, los Strozzi, Ferruccio y las bandas negras.

Despues, cuando ya no fué posible á los italianos combatir en su patria, llevaron su valor á paises extranjeros. Los Strozzi condujeron hasta Escocia á los desterrados de Florencia; el ingeniero cremonés, Antonio Melloni, construyó castillos

para sujetar la guarnicion inglesa en Picardia; y ocho mil italianos con él, mandados por el príncipe de Melfi, peleaban contra igual número de sus compatriotas al sueldo de Inglaterra, que se fortificaron en Boulogne por obra del ingeniero Gerónimo Pennacchi, natural de Treviso. Gabrio Serbellone se señala en la expedicion de la Goleta; tanto los protestantes de Alemania como los sublevados de Florencia hubieron de maldecir el valor y el arte de los Farnesios y los Piccolomini. Tenia razon Maquiavelo en decir que «en Italia no falta materia para introducir toda forma; existiendo allí gran virtud en los individuos, carecieron de ella los jefes. En los duelos y las reuniones de pocos se ve cuán superiores en fuerzas son los italianos; pero no parecen los mismos tratándose de ejércitos, lo cual consiste en la debilidad de los que mandan.» (36)

(36) *Príncipe*, cap. últ.

CAPÍTULO XII

BELLAS ARTES.

Ya hemos visto como dándose las bellas artes la mano con la literatura y la filosofia se elevaron, contemplando con ellas el bello visible para remontarse al bello ideal, al conocimiento de la belleza suprema é inmutable, como Pigmaleon que modeló su estatua dándole despues vida con el amor. ¿Si no os fijais más que en la idea? obtenéis las toscas figuras hieráticas de la Edad Media, respirando una devocion sin atractivos. ¿Si considerais únicamente las formas plásticas? Obteneis el arte puro y perfecto en lo exterior, pero que no habla al corazon.

Recorrieron las artes estos dos períodos en Italia, elevándose en los treinta primeros años de aquel siglo á una altura á que no habian llegado entre los antiguos. Tres escuelas se disputaban el primer lugar en la pintura: la escuela veneciana, cuidadosa del colorido hasta el punto de despreciar las líneas y la forma; la florentina, de tintas menos fuertes, pero que ofrecia más armonia y suaves graduaciones; la romana, superior en la perfeccion del dibujo, en la representacion de las formas y contornos que habia estudiado en las estatuas antiguas, escuela que declinó por esto mismo, no en la ejecucion, sino en el sentimiento, cuando sustituyó á las ideas el estudio de las apariencias, y colocó en los altares retratos de manebas y cortesanas. Anterior á éstas, la escuela de Umbria, fiel á los tipos de convencion, se sostenia más bien por piadosa inspiracion que por imitacion de los clásicos, hablando más al corazon que satisfaciendo los sentidos, como si por estar próximo á Asís, el soplo santo de aquel lugar se hubiese estendido sobre ella.

La longevidad de Juan Bellini, á quien hemos visto á la cabeza de la escuela veneciara, le permitió ser el contemporáneo de los renovadores del arte. El sentimiento de aquel maestro pasó á Cima

de Conegliano, cuyo pincel reproducia la belleza, la intensidad de la espresion, mejor que la gracia, á la que se inclinan más Basaiti y Victor Carpacio, que representó en ocho cuadros la historia de santa Ursula, páginas que conmueven hasta á los hombres más ignorantes en pintura.

Giorgione, 1477-1511.—Giorgione Barbarelli, de Castelfranco, separó el arte de aquellas maneras tiernas. Reformador impetuoso y atrevido, se elevó de un acabado minucioso á mayores cosas, como un hombre seguro de sus fuerzas, y que no piensa en medirlas. Sobrepujo á todos sus rivales en lo atrevido de los toques, en el vigor del tono, y en los efectos del claro oscuro, pero prefirió al género místico el natural, los esfuerzos y la anatomia. Las obras al fresco con que adornó las fachadas de los palacios de Venecia, han perecido sucesivamente; mostró en sus cuadros gran sobriedad de colores y armonia entre éstos; pero lisonjeando los sentidos, y dejando muda la inteligencia.

El estudio de la anatomia, de la ciencia pura, entra tambien en la escuela florentina con Pollayolo; fray Felipe Lippi comenzó la profanacion del arte sustituyendo á las fisonomias piadosas retratos de bellezas afamadas. Citaremos, pero para entregar su memoria á la infamia, á Andrés del Castagno, que asesinó al veneciano Dominico, despues de haber aprendido de él la pintura al óleo, que Dominico habia aprendido con Antonello de Mesina. Rafaelin del Garbo, Domingo del Girlandayo y otros se acercan al estilo moderno, tanto como se separan de las castas composiciones de sus predecesores. El *milagro del Santísimo Sacramento*, de San Ambrosio de Florencia, bastaria para colocar á Cosme Rosselli entre los mejores pintores.

Perugino, 1446-1524.—La escuela de Umbria